

El contenido de Romanos

Pablo desarrolla el argumento de Romanos de una manera estrictamente lógica. Después de la habitual introducción expone el tema de la carta en los siguientes términos: “No me avergüenzo del mensaje del evangelio, porque es poder de Dios para que todos los que creen alcancen la salvación, los judíos en primer lugar, pero también los que no lo son. Pues este mensaje nos muestra de qué manera Dios nos libra de culpa: es por fe y solamente por fe. Así lo dicen las Escrituras: “El justo por la fe vivirá” (Ro 1:16-17). Todo el razonamiento de Pablo parte de esta cita de las Escrituras (Hab 2:4). Los primeros cuatro capítulos demuestran que la justificación o liberación de culpa puede ser fruto de la fe solamente, no de obras hechas a base de la ley. Los cuatro capítulos siguientes (5-8) revelan que la persona que ha sido justificada por la fe vivirá libre de la ira de Dios (5), libre de pecado (6), de la ley (7) y de la muerte (8). A esto, Pablo agrega una reflexión acerca de la incredulidad del pueblo de Israel (9-11), y luego se extiende en la ética de quienes han sido justificados por la fe (12-14).

En una primera lectura, la argumentación en los primeros cuatro capítulos no es tan fácil de seguir. Se hace necesario, pues, que la analicemos con todo cuidado. Antes de que alguien llegue a interesarse en comprar determinado artículo para el hogar (por ejemplo una heladera), es preciso convencerlo de que dicho artículo realmente le hace falta. Análogamente, antes de que los lectores lleguen a prestar atención a lo que Pablo quiere decirles en cuanto a la justificación, es preciso que Pablo los convenza de que esa justificación es algo que realmente les hace falta. Por eso, después de haber anunciado el tema (1:16-17), comienza con una exposición acerca de la ira de Dios, que condena tanto a los no judíos (1:18-32) como a los judíos (2:1-3:20). Tal como son por naturaleza, todos los seres humanos por igual están bajo la ira de Dios, y sentenciados a perdición eterna. Pablo cita la despiadada denuncia de las Escrituras:

¡No hay quien haga lo bueno, no hay siquiera uno!
No hay quien tenga entendimiento.
No hay quien busque a Dios.
Todos se han ido por mal camino.
Todos por igual se han pervertido.
¡No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno! (3:10-12).

Y concluye: “por lo tanto, Dios no declarará a nadie libre de culpa por haber cumplido la ley, ya que la ley solamente sirve para hacernos saber que somos pecadores” (3:20)

Con esto, los lectores quedan preparados para escuchar el mensaje acerca de la justicia que vale ante Dios, justicia por medio de la fe, ya que todo intento del hombre de alcanzar justicia mediante obras de la ley, le acarrea la ira de Dios y la condenación. Pablo declara enfáticamente: “Pero ahora, dejando aparte la ley, Dios ha dado a conocer de qué manera nos libra de culpa...: Dios nos libra de culpa por medio de la fe en Jesucristo, y lo hace por igual con todos los que creen, pues creen, pues todos han pecado y están lejos de la presencia salvadora de Dios. Pero Dios, en su bondad y gratuitamente, los ha librado de culpa, mediante la liberación que se alcanza por Cristo Jesús” (3:21-24). “Así llegamos a esta conclusión: que Dios declara libre de culpa al hombre por la fe sin exigirle cumplir con la ley” (3:28).

Como ejemplo de la justificación por fe, Pablo cita en el capítulo cuatro el caso de Abraham, el padre del pueblo de Israel. “La Escritura dice: “Abraham creyó a Dios, y por eso Dios lo aceptó como justo” (4:3).

Vale decir: Dios aceptó a Abraham por causa de su fe, no por causa de buena obra alguna. Abraham, por ejemplo, fue declarado justo antes de haber sido circuncidado, de modo que el someterse a la circuncisión no contribuyó para nada a su justificación. Abraham recibió la “declaración de libre de culpa” de parte de Dios a raíz de una promesa que Dios le hizo, promesa que Abraham aceptó con fe. Así como Abraham es el padre físico o antecesor del pueblo judío, así él es también el padre espiritual de todos los que son justos delante de Dios como resultado de su fe. Nosotros - judíos y gentiles - tenemos que ser hombres de fe como lo fue Abraham, confiando en lo que Dios nos ha prometido mediante su Hijo Jesucristo, no reclamando méritos por lo que hicimos de bueno en esta vida. Jesús fue quien cargó con la ira de Dios en lugar nuestro. Su resurrección nos da la certeza de que somos justificados por fe en Cristo.